

ponía á mirarla, meditando con una cara horrible, á pesar de las cortinas de color de rosa.

Pudo ayudar este cortinaje á la convalecencia de Cleopatra; pudo sonrosar con sus reflejos el colorete, la dentadura, las mangas cortas, los brillantes, todos los arreos de la muñeca rota delante del espejo; pudo de vez en cuando reflejar sobre un hablar confuso, disimulado con risita infantil, sobre las flaquezas de una memoria indómita, que iba y venía de manera fantástica, como burlándose de su fantástica ama.

Pero lo que no pudo hacer el cortinaje de color de rosa fué modificar la disposición de aquella madre para con su hija, fué colorear sus pensamientos y palabras. Lo que no pudo hacer el cortinaje de color de rosa fué matizar el frío rostro de Edith y suavizar con luz de amor filial tan áspera belleza.

CAPÍTULO XXXVIII

MISS TOX SACA PARTIDO DE UN ANTIGUO CONOCIMIENTO

La desconsolada miss Tox, abandonada por su amiga Luisa Chick y privada de ver á mister Dombey, estaba sumamente abatida y melancólica; ya no tenía gusto para nada; las dos tarjetas de participación de enlace de la nueva pareja, unidas por un hilo de plata, no se encontraban en el espejo de la chimenea, ni encima del clavicordio melodioso, ni en ningún otro mueble de los dos destinados por Lucrecia á exhibir lindas pequeñeces. Ni durante mucho tiempo volvió á oírse en la plaza de la Princesa el « vals del pájaro »; quedaron descuidadas las flores, y se cubrió de polvo el retrato del antecesor de miss Tox con su peluca y su coleta.

Sin embargo, no tenía miss Tox ni edad ni carácter para sumirse en tristeza por tiempo indefinido. Dos cuerdas nada más habían tenido tiempo de desafinarse en su clavicordio cuando de nuevo hizo resonar miss Tox con sus ágiles dedos el « vals del pájaro », alegrando su saloncito circular. Un tallo, nada más, de geranio había perecido por falta de cultura cuando miss Tox volvió á cuidar de sus tiestos. No hacía más que seis semanas que la peluca del antepasado estaba

oculta por el polvo cuando se decidió miss Tox á soplar en el sonriente rostro, limpiándolo con un pedazo de gamuza.

Pero miss Tox se encontraba harto solitaria y sin saber qué haría. Á pesar de la forma ridícula que solía dar á la expresión de sus amistades, las sentía de manera sincera, y según sus propias expresiones « había lamentado profundamente los inmerecidos ultrajes recibidos de Luisa ». Pero no podía estar mucho tiempo enfadada; no entraba la ira en la composición del carácter de miss Tox. Si había caminado lentamente por el apacible sendero de su vida, sin opiniones bien marcadas, en cambio había tenido la ventaja de haber estado libre de las tormentosas pasiones.

Un día encontró á Luisa Chick en la calle, ó por mejor decir la distinguió á bastante distancia. Al verla, su tímida naturaleza sufrió una fuerte sacudida; buscó inmediatamente refugio en una pastelería, y allí, sentándose en el apartado cuartito donde comúnmente se reunían los parroquianos de la sopa, en una atmósfera saturada de olor á carne guisada, alivió su pena llorando á lágrima viva.

En lo tocante á mister Dombey, no hallaba miss Tox motivos de quejarse. El concepto que este gran caballero la merecía era tan elevado que, una vez separada de él, la parecía haber estado siempre á una inmensa distancia, no teniendo sino razones para encontrarse muy agradecida á este personaje por haberse dignado tolerar que ella le visitase. No había mujer demasiado hermosa ni de excesivo fausto para él, creía verdaderamente miss Tox. Natural era que habiendo pensado en casarse se hubiese dirigido á una mujer de alto linaje; así lo imaginaba miss Tox,

llorando muchas veces al día. Olvidábase de la manera altiva con que la había tratado mister Dombey, haciéndola víctima de sus conveniencias y caprichos, y permitiéndose tratarla como aya de su hijo. Únicamente se acordaba, según sus palabras, « de haber pasado muchos días felices en aquella casa, de los cuales se acordaría siempre con agradecimiento, sin dejar nunca de considerar á mister Dombey como uno de los hombres más impresionantes y dignificados que cabe imaginarse ».

Cortadas sus relaciones con la implacable Luisa, y manteniéndose alejada del comandante (de quien ahora desconfiaba un poco), pareciale á miss Tox fastidioso el no saber absolutamente nada de lo referente á mister Dombey y á su casa. Como en realidad tenía el hábito de considerar á « Dombey é Hijo » como el eje en cuyo derredor giraba el mundo, no quiso continuar ignorante de cosas á las que tanta importancia concedía, y así pensó que el mejor modo de saber algo sería reanudar sus interrumpidas relaciones con mistress Richards. Sabía miss Tox que la antigua nodriza de Pablo había conservado amistad con algunas personas de la servidumbre de mister Dombey. Quizás también tenía miss Tox otro motivo para ir á casa de la familia Toodle: el de procurarse la ocasión de hablar de mister Dombey con alguien, conversación que le sería gratísima no obstante la humildad de sus pobres interlocutores.

En consecuencia, miss Tox se dirigió una tarde á casa de Toodle, el cual, manchado de ceniza y de humo, estaba merendando en el seno de su familia. Tres eran los estados en que la existencia de Toodle se dividía: comía en el seno arriba mencionado, corría en su locomotora á través de los campos y con

velocidad de veinticinco á cincuenta millas por hora ó dormía en su cama para descansar de las fatigas. No conocía términos medios: ó el torbellino ó la calma chicha; pero en uno ú otro de estos dos momentos, Toodle era el más apacible y satisfecho de los hombres. Parecía corresponderle en patrimonio el restregar las máquinas, hacerlas echar humo y correr palpitantes, anhelantes, rugientes, consumiendo sus fuerzas y extendiéndose de modo nunca visto, mientras él, Toodle, llevaba una vida sosegada é inalterable.

— Polly — dijo Toodle con un chico sentado en una rodilla, otro chico en otra, mientras dos se ocupaban en preparar el te, y otros andaban por el cuarto; había chicos para todo, y siempre tenía hijos de repuesto. — Polly, ¿has visto á Biler hace poco?

— No — contestó su mujer; — pero me parece que le voy á ver esta noche. Es el día que tiene libre y siempre viene cuando sale.

— Supongo — añadió Toodle saboreando lo que comía con infinito gusto — que Biler marcha bien ahora, como un buen chico, ¿eh?

— ¡Oh! se conduce perfectamente — contestó Polly.

— ¿No hay nada sospechoso? — observó Toodle.

— No — repuso sin vacilación Polly.

— Me alegro de que no haya nada sospechoso — dijo Toodle con su acostumbrada medida al mismo tiempo que untaba de manteca el pan, sirviéndose de su navaja lo mismo que si hubiera estado en su máquina. — Me alegro, porque eso de sospechoso no es bueno; ¿verdad, Polly?

— Claro está que no es bueno... ¡Qué pregunta!

— ¡Eh! vosotros, hijos é hijas — dijo Toodle mi-

rando en derredor á toda su familia, — siempre que vayáis por el camino de la honradez, mi opinión es que no andéis con tapujos. Si alguna vez os encontráis en túneles ó subterráneos, no tengáis gusto en estar escondidos, seguid vuestro camino y silbad para que se sepa dónde estáis.

Los Toodles se pusieron de pie, y en un murmullo unánime manifestaron su resolución de aprovechar el paternal consejo.

— Pero, ¿por qué dices eso de Rob? — exclamó Polly algo intranquila.

— No lo sé, mujer — contestó Toodle; — pero siempre que pienso en Rob me pasa lo mismo. Salgo con Rob únicamente, llegamos á una bifurcación, me meto por el camino derecho y se me llena la cabeza de ideas juntas con él sin saber por dónde han venido. ¡Vaya unos empalmes que tienen los pensamientos del hombre!

Esta profunda reflexión de Toodle fué acompañada de un buen trago de te y afirmada con grandes rebanadas de pan y manteca. Mientras consumía estas vituallas mandó á sus hijas que pusieran á calentar más agua para el te, pues tenía mucha sed y quería seguir bebiendo.

No por ocuparse en comer se olvidaba Toodle de su parva de hijos; todos le andaban alrededor, y aunque ya habían merendado, ellos andaban al acecho de lo que comía su padre para que les diera algo. Y efectivamente, Toodle les dejaba dar por turno un bocado en las rebanadas de pan y manteca, ó les daba una cucharada de te. Tanto les gustaba á los chicos esta distribución, que palmoteaban, andaban á la pata coja, bailaban y manifestaban su júbilo de mil modos. Luego volvían en derredor de su padre, y otra

vez, con los ojos en las rebanadas y en la taza, esperaban la siguiente distribución, aunque disimulando y cuchicheando entre ellos.

Toodle, en medio de su familiar grupo, y dando un imponente ejemplo á sus hijos en las vías del apetito, había sentado en sus rodillas á los dos chicos más pequeños, y moviendo las piernas aceleradamente, decía que los llevaba á Birmingham en máquina especial. En esta ocupación estaba cuando entró Rob, el Grinder, con su sombrero sudoeste y su traje de luto. Sus hermanos y hermanas corrieron precipitadamente á su encuentro.

— ¡ Buenas noches ! — dijo Rob al entrar, y en seguida dió un beso á su madre, preguntándola :
— ¿ Cómo está usted, madre ?

— ¡ Aquí está mi hijo ! — exclamó Polly acariciando á Rob con una palmadita en la espalda. — ¡ Sospechoso ! ¡ Bendito sea Dios... qué ha de serlo, hombre, qué ha de serlo !

Esto iba dirigido al padre; pero Rob cogió la exclamación al vuelo y, comprendiendo su significación, replicó :

— ¡ Ah ! ¿ Padre dice algo contra mi todavía ? — y haciéndose el ofendido en su inocencia exclamó :
— ¡ Oh, qué desgracia ! Porque uno ha cometido una falta, su padre se la está echando en cara toda la vida...

Rob se limpió los ojos con el brazo, como si de desesperación se le saltaran las lágrimas.

— ¡ Pobre hijo ! — exclamó á su vez Polly. — No ha querido decir padre tanto como eso...

— Pues si padre no quiere decir eso — dijo Rob siempre dolorido, — ¿ por qué está siempre con lo mismo ? Nadie piensa tan mal de mí como mi padre.

¿ Es esto natural ? ¡ Quisiera yo que me cortaran la cabeza ! De seguro que no le importaría á mi padre.

Estas palabras produjeron en todos los Toodles menudos un efecto patético, aumentado por el ruego que les hacía Rob de que no lloraran por él, diciéndoles irónicamente que no lo merecía, siendo ellos tan buenos y él tan malo. Esto acabó de emocionar á toda la familia; el más pequeño de los Toodles se sofocó tanto que su padre, en la mayor consternación, se lo llevó corriendo á la fuente, y le hubiera dado una ducha en el caño si la simple vista de éste no hubiese bastado para devolver la respiración al chiquillo.

En vista de tales acontecimientos creyó preciso Toodle explicarse. Con las explicaciones perdieron su razón de ser los alardes de Rob ; diéronse la mano padre é hijo y se restableció la armonía.

— ¿ Quieres hacer como yo, Biler ? — preguntó el padre volviendo al te con nuevos ímpetus.

— No, señor, muchas gracias. Hemos tomado ya el te mi amo y yo.

— ¿ Y cómo va tu amo ? — preguntó la madre.

— No lo sé madre. Me parece que no va muy bien. No hace negocio, según veo. No entiende una palabra, el capitán, de éste hablo. Hoy ha entrado un comprador en la tienda y le ha dicho: « Quisiera... tal cosa » no me acuerdo qué nombre dió al aparato que necesitaba. « ¿ Qué cosa ? » le preguntó el capitán. — « Tal cosa » repitió el comprador. — « Amigo mío — añadió el capitán ¿ quiere usted hacer el favor de mirar por la tienda ? » — « Eso hago » — contestó el comprador. — « ¿ Y no ve usted lo que necesita ? » — « No señor ». — « ¿ Lo conocería usted si lo viera ? » — « No señor. » — « ¡ Ay, ay ! amigo — exclamó el

capitán — en ese caso lo mejor que puede usted hacer es ir á informarse de cómo es ese aparato y á qué se parece, porque yo no lo sé tampoco. »

— No se gana de ese modo al dinero ¿verdad? — dijo Polly.

— ¡Dinero! madre... no lo ganará él nunca. Tiene maneras como no he visto nunca. No es malo; eso no. Pero no basta para mí que no sea mal amo : lo que yo necesito es ganar más y por esto no me parece que estaré mucho en esta casa.

— ¡Cómo! — exclamó la madre. — ¿Tienes propósito de dejar esta colocación?

Y mientras Toodle miraba con aire de sorpresa á su hijo, éste añadió :

— Puede ser. Tal vez deje ese puesto... cuando se tienen amigos influyentes, ya sabe usted... pero no hay nada por ahora : todo va bien.

Las mismas reticencias de que hacía uso el chico en vez de calmar las sospechas del padre probablemente hubieran dado lugar á recriminaciones con gran quebranto de la tranquilidad doméstica, á no haber llegado en aquel momento una visita : sí, una señora que con gran sorpresa de Polly se asomó á la puerta, sonriendo amistosamente y saludando con cierto aire de protección.

— ¿Cómo está usted, mistress Richards? — dijo miss Tox. — Vengo á verla. ¿Me permite usted entrar?

La amable fisonomía de mistress Richards equivalía á una hospitalaria réplica. Miss Tox entró, saludó con afabilidad á Toodle y aceptando la invitación á que se sentara tomó posesión de una silla, se aflojó las bridas del sombrero y dijo que quería dar un beso á los niños, uno por uno á todos.

El penúltimo de los vástagos Toodle, tenía mala

estrella, no había duda; siempre recaían en él las consecuencias de las calamidades domésticas. Así, en las circunstancias que exponemos no pudo acercarse á recibir el beso de miss Tox que le correspondía. Había estado divirtiéndose con el sombrero sudoeste de su hermano mayor y acabó por ponérselo, hundiéndosele de tal manera en la cabeza que al quererle quitar, metido hasta la nariz, ya no pudo. Entonces se creyó condenado por siempre á permanecer en espantosa oscuridad, separado de su familia y sus amigos hasta la muerte. Presa de tales pensamientos comenzó á gritar, medio sofocado, luchando desesperadamente. Cuando acudieron en su auxilio y le salvaron de aquel trance el chico estaba amoratado y sudoroso.

— De seguro que se ha olvidado usted de mí — dijo miss Tox dirigiendo la palabra á Toodle.

— No lo crea usted, señora — contestó Toodle. — Un poquito nos hemos aviejado desde aquellos tiempos.

— ¿Y cómo le ha ido á usted? — repitió miss Tox de una manera muy amable.

— Muy bien, señora, muchas gracias — repuso Toodle. — Y usted, ¿se mantiene en buena salud? ¿Nada de reumatismos? Porque, á cierta edad, es sabido que esos dolores se presentan sobre seguro.

— Gracias por su interés — contestó miss Tox — pero no padezco ni he padecido tales dolores en mi vida.

— Pues tiene usted suerte, señora — contestó Toodle. — A la edad de usted hay quien los sufre hasta el martirio. Me acuerdo bien de que mi madre...

No continuó Toodle porque advirtió la mirada de

su mujer previniéndole que iba por mal camino. Toodle se calló prudentemente ahogando la frase en un grande sorbo de te.

— Dígame, mistress Richards — exclamó miss Tox al mismo tiempo que contemplaba al joven Rob. — ¿Es este mocito su hijo?

— Sí señora — contestó Polly — es el mayor. Y este mocito ha sido la inocente causa de tantas cosas como nos han pasado.

— Aquí tiene usted — añadió Toodle — al niño de las piernecitas cortas. ¿Se acuerda usted? A éste es á quien le sentaban tan mal los calzones de cuero y á quien recomendó mister Dombey.

Este recuerdo estuvo á punto de poner mala á miss Tox : el tema la afectaba de manera directa. Dió la mano al muchacho y felicitó á la madre por la franqueza é ingenuidad que revelaba la cara de su hijo. Al oír Rob estos cumplimientos se esforzó por ajustarse á ellos; pero le era muy difícil lograrlo.

— Y ahora, mistress Richards — dijo miss Tox — y usted también (miss Tox dirigió la palabra á Toodle) oigan lo que les voy á comunicar con llaneza. Habrá podido sorprenderles, y les habrá sorprendido sin duda, el ver que me hallo á cierta distancia de personas amigas mías y el advertir que no visito ciertas casas que en otros tiempos frecuentaba.

Polly, con su tacto femenino comprendió desde el primer momento lo que miss Tox decía; pero Toodle no entendió una palabra y se quedó mirando embobado.

— Por supuesto — añadió miss Tox — que no es este el instante oportuno para entrar en explicaciones del porqué : aparte de que no requiere discusión este asunto. Baste saber que tengo grandísimo respeto á

mister Dombey y que me inspira el mayor interés cuanto á él atañe.

Miss Tox estaba emocionada.

Toodle, que empezaba á entender, movió la cabeza y dijo que á su parecer, por lo que había oído decir, mister Dombey era un sujeto desagradable.

— ¡No diga usted eso, señor, por favor! — repuso miss Tox. — Permitame usted esperar que no ha de volver á decir eso nunca. Las observaciones de ese carácter me lastiman. La propia caballerosidad de usted desaprobará, estoy segura, el que se haya dejado usted llevar de un impulso poco meditado.

Toodle, que esperaba una aprobación, á su parecer justa, de sus observaciones, al ver que miss Tox le censuraba se quedó confundido.

— Todo lo que deseo, mistress Richards — resumió miss Tox — y también me dirijo á usted, señor, es esto. Me interesa sobremanera cuanto se refiere al bienestar, á la salud de la familia de mister Dombey. Yo tendré mucho gusto en conversar con mistress Richards de estas cosas y del pasado tiempo. No hemos tenido nunca mistress Richards y yo ninguna mala inteligencia (lo único que siento es no haber frecuentado más su trato) : por esto espero que no pondrá objeción ninguna á mi deseo de que seamos buenas amigas y que me permitirá venir á esta casa en confianza, sin tenerme por persona extraña. Y ahora, mistress Richards — añadió miss Tox cariñosamente — confío en que no me negará usted este favor, siendo, como siempre lo ha sido usted, tan bondadosa.

Polly se sintió lisonjeada y así lo dió á entender. Toodle no sabía si estaba ó no lisonjeado : de modo que perseveró en su actitud calmosa.

— Usted ya sabe, mistress Richards — dijo miss Tox — y me parece que también lo sabe usted, señor, que tendré no pocas ocasiones en que poder prestar á ustedes servicios, pequeños, sin duda, pero útiles. Por ejemplo, puedo dar alguna instrucción á sus niños, traeré libros, traeré labor, los chicos estudiarán sus leccioncitas, en fin, aprenderán alguna cosa, aunque no sea más que por complacer á su maestra.

Toodle, que tenía el mayor respeto al estudio, hizo una señal afirmativa moviendo la cabeza y mirando al mismo tiempo á su mujer á la vez que se frotaba las manos en testimonio de satisfacción.

— Desde el momento en que no sea persona extraña en la casa — continuó miss Tox — claro está que no deberé ocasionar molestia ninguna : lo mismo que si yo no estuviese : mistress Richards remendará, planchará, cuidará de sus chicos, sin hacer caso de mi presencia. Y usted podrá fumar la pipa, si le place, señor Toodle. ¿Qué les parece?

— Muchas gracias, señora — dijo Toodle. — Está bien. ¿Y podré mascar el tabaco?

— Perfectamente — añadió miss Tox. — De todas veras aseguro que este convenio me produce grandísima satisfacción. Cualquiera que fuere el beneficio que de mi enseñanza obtuvieren los niños, yo me consideraré más que pagada si ustedes entran en este arreglo de buena voluntad y sin que les sirva en lo más mínimo de estorbo.

El convenio se ratificó inmediatamente y miss Tox se halló tan á sus anchas en la casa que sin más dilación empezó un examen circular de los chicos — con gran admiración de Toodle — y apuntó sus nombres, edad, conocimientos adquiridos, registrándolo todo en

un pedazo de papel. Estas ceremonias y la charla consiguiente á ellas prolongaron la reunión hasta muy pasada la hora habitual de recogerse á dormir en aquella casa. Hizose también tarde para que miss Tox pudiera retirarse sola hasta su casa. Entonces el galante Rob se ofreció para acompañar á miss Tox. Aceptó ésta el ofrecimiento, muy complacida ante la idea de ser acompañada por un mozo que debía á mister Dombey aquella protección con que le había favorecido en sus comienzos.

Después de estrechar la mano á Toodle y á su mujer y de besar á todos los chicos y chicas, miss Tox salió de aquella casa llevándose una satisfacción tan completa que si mistress Chick lo hubiera sospechado siquiera habría tenido un gran disgusto.

Rob no se atrevía á ir, por modestia, al lado de miss Tox : quería ir detrás. Pero miss Tox le instó á que anduviera junto á ella para poder conversar en el trayecto. Además, según explicó más tarde miss Tox á la madre del chico, quería sondearle y tantear sus ideas.

Y del sondeo resultó que Rob era de alma tan clara y pura que miss Tox quedó encantadísima. No había visto nunca un joven que prometiese tanto bueno, que tuviese ideas tan honradas y se mostrara tan sumiso.

— He tenido mucho gusto en conocerle — dijo miss Tox cuando llegaron ante la puerta de su casa. — Espero que me considerará usted amiga suya. Puede usted venir á verme cuantas veces quiera. ¿Tiene usted hucha?

— Sí señora — contestó Rob — economizo hasta que pueda poner dinero en el Banco.

— Pensamiento laudable, joven — repuso miss Tox,

— Así me gusta. Vaya, tome usted esa media corona y métala en su hucha.

— Muchas gracias, señora — dijo Rob — pero no quisiera que se privase usted por mí...

— Alabo su desinterés ; pero no piense usted que esta dádiva me perjudica — dijo miss Tox. — Me haría usted un desaire no tomando esta monedita. Ea, señor Robin. ¡ buenas noches !

— Buenas noches, señora : y muchas gracias.

Con esto, muy contento Rob y riéndose de la candidez de miss Tox, se fué á gastarse el medio peso en la primera pastelería que encontrase. Y es que la enseñanza recibida por Robin en los Grinders no era sino de hipocresía. Decían muchos viendo que los muchachos educados en aquella escuela eran á cual peor, que si no daba otro fruto la educación del pueblo valiera más no educarle de ninguna manera. Pero otras personas, mucho más razonables, observaban que lo procedente era dar mejor educación. Entretanto, los altos poderes de la Grinders' Company haciendo valer que algunos discipulos salían buenos á pesar del sistema, objetaban que éste no era malo. Con esto se fundamentaba y acrecía la gloria de la Institución de los Grinders.

CAPÍTULO XXXIX

NUEVAS AVENTURAS DEL CAPITÁN EDWARD CUTTLE

El tiempo, seguro de su paso y firme en su propósito, había caminado de prisa. El año, fijado como plazo por el viejo Solomón á su amigo ya estaba próximo á expirar ; ya pronto podría romper el capitán Cuttle el sobre del paquete que tenía en depósito y al que miraba por la noche con inquietud y misteriosamente.

Firme el capitán en sus sentimientos de honor, antes que anticipar ni una hora el vencimiento de aquel plazo, antes que abrir el sobre no debiendo aún hacerlo, se hubiera abierto él mismo en canal para estudiar su anatomía. Contentábase con sacar el pliego del armario donde lo tenía guardado, ponerlo encima de la mesa y pasarse dos ó tres horas por la noche mirándolo y fumando la pipa. Algunas veces en medio de esta contemplación se ponía de pie como queriendo sustraerse á la especie de fascinación que le producía el paquete ; pero si tal era su propósito no lo conseguía, porque, por mucho que se retirase de la mesa, aunque llegase á dar con la espalda en la pared y se quedase allí recostado, siempre se le iban los ojos al paquete. Y si alguna vez retiraba la vista